



AVALLONE

Francia y la laicidad

ALGUNOS CONSIDERAN que Francia ha lanzado un mensaje universal en pos de la emancipación de la mujer y la modernización de la sociedad

CON LA CUESTIÓN DEL pañuelo, el espacio político acoge un debate importante con elementos que reanimarán el interés por la política

MICHEL WIEVIORKA - 03:16 horas - 15/02/2004

El debate planteado en Francia sobre la laicidad no cesa de sorprender a los observadores extranjeros. Hay que reconocer que el propio término de "laicidad" no tiene fácil y directa traducción en otros idiomas. Remite a un rasgo específico muy francés, a la idea de que la República debe garantizar la separación entre las esferas pública y privada, evitando dar carta de naturaleza a cualquier particularismo cultural o religioso en la vida pública. Ahora bien, el islam y —en especial— la presencia, en la escuela pública, de muchachas tocadas con un pañuelo islámico en la cabeza se ha convertido en fuente de inquietud y debate en Francia desde finales de los años

ochenta, hasta el punto de que ha dado la sensación de que la laicidad se hallaba amenazada. Por esta razón, el presidente Jacques Chirac solicitó a una personalidad política de reconocida moderación, Bernard Stasi, que presidiera una comisión cuyos trabajos han situado la cuestión de la laicidad en el corazón de la vida política francesa. Sucede, sin embargo, que no vivimos en 1905, cuando se trataba —fundamentalmente— de proceder a separar la Iglesia católica del Estado: el desafío estriba más bien, en la actualidad, en concebir las modalidades de integración de otra religión, el islam, en la vida pública. Y, si como efectivamente puede constatarse, se trata de una cuestión tan delicada, tal circunstancia obedece a su carácter indisociable de muchos otros problemas: crisis de la escuela pública —incapaz de cumplir las principales promesas de la República (cuya divisa es "Libertad, igualdad, fraternidad")—, paro y precariedad a gran escala, generación de auténticos guetos, auge de comunitarismos de toda especie, aumento del racismo y rebrote del antisemitismo, etcétera.

La respuesta al desafío lanzado por el famoso pañuelo en la cabeza habría sido sencilla —y haber concitado un mayor consenso— si el problema no hubiera sobrepasado los límites de una dimensión elemental y específica. Pero se trata de una cuestión que esconde, en realidad, tres registros bien diferenciados.

El primero es el más evidente: existen actualmente minorías activas que parecen cuestionar los valores universales, el derecho y la razón. El pañuelo —cuando se exhibe en la escuela pública— da fe de este cuestionamiento. A este respecto, unos resaltan más bien la alienación de la mujer: el pañuelo marcaría la dominación absoluta de que es víctima la mujer; en tanto que otros se inclinan por denunciar

más bien los atentados a la razón , el oscurantismo que el pañuelo vehicula, los intentos –que vienen de hecho a prolongar su acción– de rechazar ciertas enseñanzas bajo el pretexto de que serían contrarias al Corán. La situación puesta de manifiesto en fecha reciente en el marco hospitalario, donde mujeres musulmanas han rehusado los cuidados de la medicina moderna cuando –por ejemplo– son prestados por personal de sexo masculino no ha hecho más que reforzar las citadas denuncias.

Un segundo registro considera la ley aprobada desde un ángulo completamente distinto: detecta en su texto resabios de racismo, secuelas de un colonialismo que no se ha acabado de digerir o, a propósito de ésta, habla de islamofobia... Se trata de una ley –se dice al respecto– hecha a medida para rechazar el islam y que denota una vieja obsesión por árabes y musulmanes. Según este punto de vista, la ley introduciría una discriminación adicional que daría pie –en nombre de los valores republicanos– a atacar al islam en lugar de concederle el lugar que le corresponde en el seno de la sociedad francesa.

Por último, un tercer registro atañe al punto de vista subjetivo de las personas implicadas en primer lugar, las muchachas portadoras del velo a cuya opinión, dicho sea de paso, apenas ha prestado atención la Comisión Stasi. Algunas de ellas afirman vestir el velo por convicción, piden que se respete su libertad de conciencia, explican que vestir el velo obedece a una creencia íntima y se oponen a que se las considere como personas manipuladas o alienadas. La ley – desde este punto de vista– constituye un atentado a su autonomía propia de sujetos individuales y singulares.

Evidentemente, la actitud sobre la ley varía según se otorgue preferencia a las interpretaciones asociadas al primer registro –que son, claramente, mayoría– o a los restantes. Y, en este punto, hay que añadir una dimensión específica de este debate, a saber, las dimensiones de alcance internacional, ya que en el mundo árabe-musulmán esta cuestión provoca importantes tomas de posición. Algunas valoran principalmente el primer registro: Francia, desde este punto de vista, lanza un mensaje universal que debería alegrar a todos quienes luchan por la emancipación de la mujer y la modernización de las sociedades en cuestión. Otras subrayan el carácter neocolonial, islamófobo o racista que imputan a la ley, que denuncian desde posiciones que denotan fundamentalmente un islamismo radical. Y otras dicen detectar en esta ley no un mensaje emancipador, sino, por el contrario, la negación de la misma subjetividad personal de las mujeres a quienes se prohíbe llevar el velo en la escuela: tal interpretación se constata especialmente en las capas medias y con cierto nivel de formación del mundo árabe-musulmán.

Es decir, ante todo y por cuanto antecede, el debate francés dista de hallarse zanjado o concluido, aunque sólo fuera por desconocer – todavía hoy– determinadas significaciones que comporta el famoso velo; velo del que se ha llegado a sostener su ineludible inclusión –sin que mediara encuesta o investigación alguna al respecto– en uno u otro de los tres registros que acabo de mencionar. Es decir –en segundo lugar–, que tal debate se ha convertido en un debate “global” por desplegarse fuera de las fronteras del Hexágono, a escala planetaria, con implicaciones diplomáticas y geopolíticas nada despreciables.

Pero demos un paso más. Los trabajos de la Comisión Stasi y posteriormente la decisión del poder de someter a aprobación una ley sobre la laicidad han politizado en el ámbito institucional (el poder

legislativo y propio sistema político) un problema que, si bien era delicado, no se había abordado políticamente. Desde este punto de vista, cabe afirmar que tales iniciativas contribuyen al inicio de un renovado interés de la vida política francesa. En este nuevo clima se abren o perfilan nuevas perspectivas.

Por ejemplo, se ha visto relanzada la lucha de las mujeres contra las injusticias, la dominación y la violencia —estancada desde la votación de una ley sobre la paridad—, y el hecho de que el jurado del premio del Libro Político haya galardonado la obra de Fadela Amara, principal animador del movimiento “Ni putas ni sometidas”, no es un producto del azar. Igualmente, la cuestión de la discriminación positiva —que en el transcurso de los años noventa los protagonistas de la escena política y los intelectuales rechazaron virulentamente— se abre paso actualmente aunque no exenta de cierta confusión: hoy día se contempla, en Francia, la posibilidad de considerar medidas nacidas de la voluntad política con el objeto de destinar recursos adicionales a las personas cuya pertenencia a un medio social o territorio desfavorecidos coloca en situación de desigualdad estructural; se acepta asimismo que determinadas medidas equitativas sean instrumento de creación de igualdad. Y así es como acaba de ser nombrado un prefecto procedente de la inmigración: no sólo en razón de su competencia, sino también para señalar que es factible compensar la desventaja estructural que comporta su origen.

No todo, sin embargo, es positivo. Porque si el debate político se reabre en Francia —con importantes implicaciones en el panorama internacional, como se ha visto—, ello tiene lugar sin que, al propio tiempo, se reconstruya una oposición galvanizadora de la vida política, de tipo izquierda/derecha. El efecto, el factor que caracteriza la situación actual consiste en que reviste el cariz del consenso político entre la izquierda y la derecha, que han coincidido íntimamente a la hora de votar afirmativamente la nueva ley sobre la laicidad. Surge en este punto una paradoja política que, por añadidura, se produce en una coyuntura electoral (dentro de unas semanas se celebrarán elecciones regionales, seguidas por las europeas) mientras, al mismo tiempo, el sistema político da muestras constantes de gran debilidad: la izquierda sufre aún los efectos de su fracaso del 21 de abril del 2002, y la derecha, sacudida por los contratiempos con la justicia de su dirigente Alain Juppé, atraviesa crecientes dificultades para imponer su proyecto de un gran partido, la Union pour un Mouvement Populaire (UMP). Hay que admitir, en consecuencia, que con la cuestión del pañuelo el espacio político acoge de hecho un debate importante y que halla en su seno determinados elementos susceptibles de reanimar el entusiasmo e interés por la política; sin embargo, hay que ser consciente, al propio tiempo, de que en Francia aún se dista de asistir a la reconstrucción de una oposición estructurada y constructiva en el seno de este espacio. Más bien es verosímil que se confirmen —en la próxima primavera— las tendencias de estos últimos años: el desinterés de la población, expuesta en tales circunstancias a la tentación de la abstención o el recurso al voto de protesta, en especial en apoyo del Frente Nacional.

MICHEL WIEVIORKA, sociólogo y profesor de la Escuela de Altos Estudios Sociales de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa